

95370 Nov. 2/65

EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

EL QUE SIEMBRA, RECOGE,

ZARZUELA EN UN ACTO, ORIGINAL Y EN VERSO.

SEGUNDA EDICION.



1864

MADRID,
IMPRENTA DE F. MARTÍNEZ GARCÍA,
calle del Oso, número 24.

1864

EL QUE SIEMBRA, RECOGE.

Peter Gerich (Gustave)

El que remota, recoge,

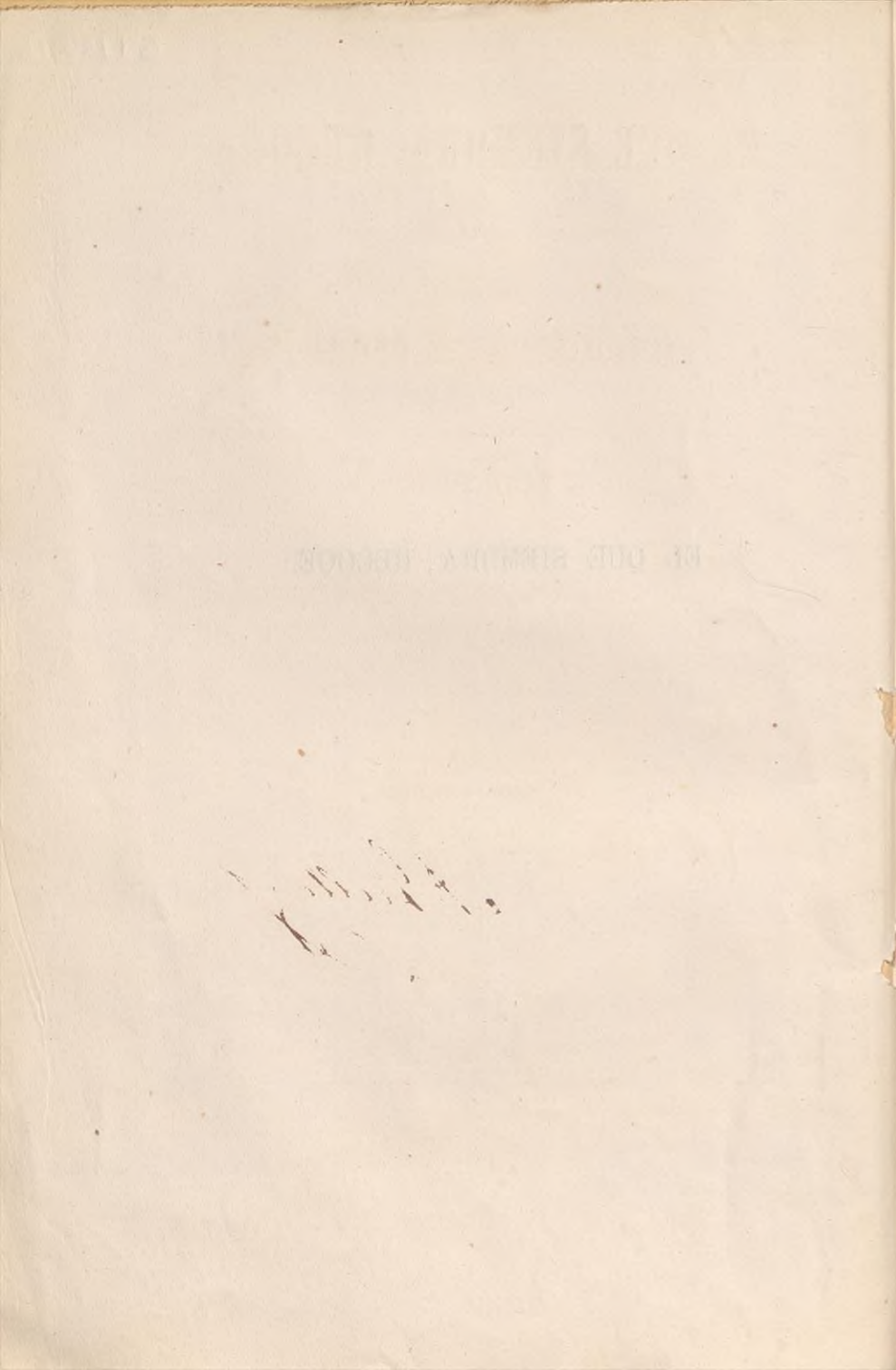
zarzuela en un acto y

en verso. musica de S. Jose Ro-

ger. 2ª edici6n Madrid: J. Martin

Garcia. 1864

1 folio 8º marg. sup.



EL QUE SIEMBRA, RECOGE,

zarzuela en un acto, original y en verso.

SU AUTOR

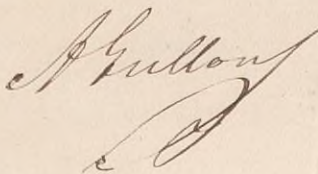
ENRIQUE PEREZ ESCRICH.

MÚSICA DE

D. JOSÉ ROGEL.

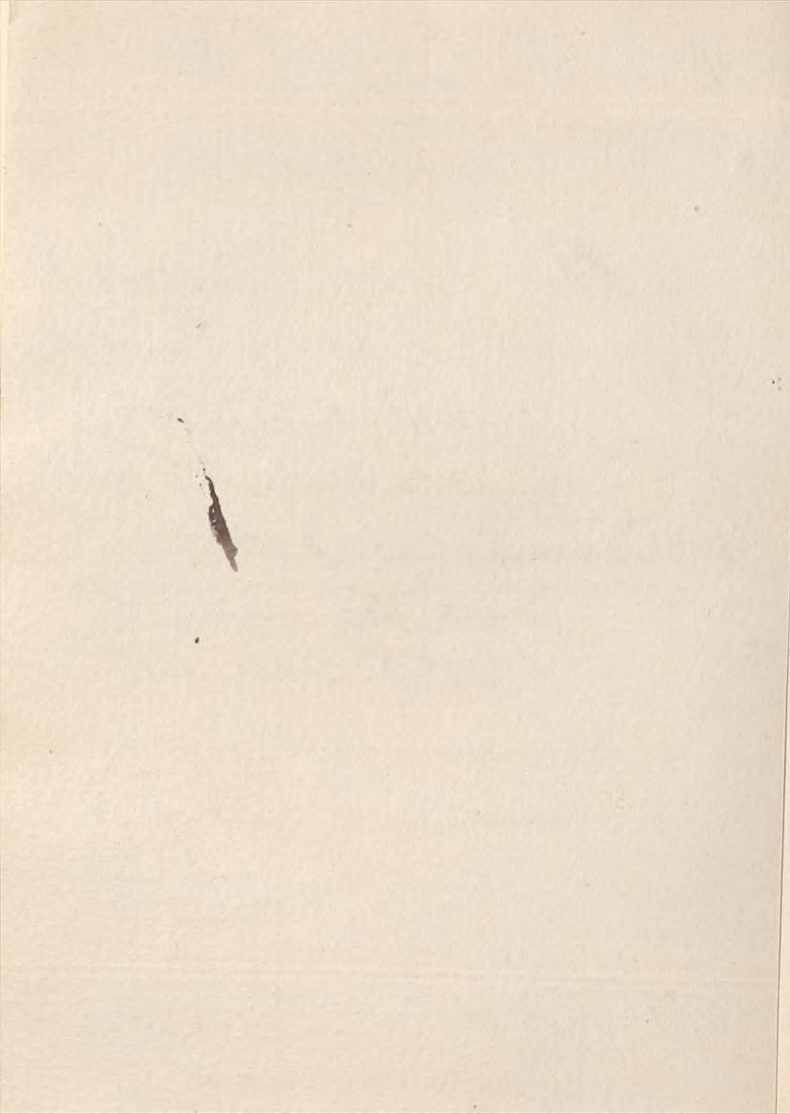
Representada por primera vez en Madrid, en el teatro de la Zarzuela,
el 30 de Abril de 1864.

SEGUNDA EDICION.



MADRID,
IMPRENTA DE F. MARTÍNEZ GARCÍA,
calle del Oso, número 21.

1864



EL QUE SIEMPRE, REGGE

mucho en su vida, y en su

del

ENRIQUE TERRA ESCRIBI

de

1908

que en su vida, y en su

1908

REGGE ESCRIBI

MADRID

COMPAÑIA DE ESCRIBI

que en su vida, y en su

1908

Á MI QUERIDO AMIGO

TIRSO OBREGON.

Querido Tirso: Desde las fértiles riberas del Maestrazgo; desde este hermoso país, un tiempo señorío de los caballeros de Montesa; bajo este cielo, puro y azul como el de Italia, te escribo estas líneas para que las coloques al frente de este juguete que te dedico, pues tiene un origen harto doloroso é irreparable para tí: la muerte de tu cariñosa madre.

Para tí lo he escrito; á tí te lo dedico. Léjos de la corte, ignoro la acogida que le merecerá al público: admítelo, pues, como una lágrima que se une á las tuyas para llorar la memoria de tu virtuosa madre.

Enrique.

Vinaroz, 24 de Abril de 1861.

PERSONAJES.

ACTORES.

ROSA.	SRTA. JOSEFA MURILLO.
MARIA.	DOÑA MARÍA BARDAN.
JUAN.	DON TIRSO OBREGON.
BLAS.	TOMAS GALVAN.
PANTALEON.	FRANCISCO CALVET.
ANDRES.	JOSÉ ROCHEL.
ANASTASIO.	DOMINGO PARCERO.
EL SARGENTO.	SINFOROSO LOPEZ.
UN PREGONERO.	JOSÉ BORNACHEA.
ALDEANA 1. ^a	SRTA. TERESA FERNANDEZ.
ALDEANA 2. ^a	CONCEPCION PEREZ.

Aldeanas, Aldeanos, Soldados.

La fábula se finge en Marchamalo, pequeña villa de Castilla la Nueva, cerca de Guadalajara.—La época, á principios del siglo actual.

ADVERTENCIA IMPORTANTE.

La primera edicion de la presente zarzuela salió plagada de innumerables errores de imprenta, á causa sin duda de hallarse su autor ausente de Madrid. Se ruega á los directores de escena, que tengan á bien representarla, se rijan por la presente edicion, y no por la primera, como así mismo se suplica á los que posean ejemplares y deseen cambiarlos se dirijan á D. Alonso Gullon, editor, calle del Pez, 40, Madrid.

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones, ni en los países con que haya ó se celebren en adelante contratos internacionales.

Los comisionados de la Galería dramática y lírica titulada EL TEATRO, son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO ÚNICO.

El teatro representa la entrada de una aldea. En la parte izquierda del foro se verán las primeras casas del pueblo. En el foro izquierda un puente de troncos que nace de la falda del monte, salvando un arroyo que se pierde entre unas rocas.—En mitad del teatro una fuente de piedra con un solo caño; dos casitas humildes en los dos primeros términos del proscenio, una de ellas en estado ruinoso.—Junto al puente una cruz tosca que marca la vereda del lugar.

ESCENA PRIMERA.

Varias **ALDEANAS** se hallan al rededor de la fuente llenando sus cántaros.

CANTADO.

CORO DE ALDS.

Dicen que las mozas
que van á la fuente,
el cántaro rompen
si amor las requiere.
Sedienta de amores
yo vengo aquí siempre,
y el cántaro mio
romperse no quiere.

¡Ay de mí! ¡Ay de mí! ¡Ay de mí!
Que hace un año que vengo por agua
y este cántaro vil no rompí.

ESCENA II.

DICHOS. ROSA por el foro izquierda.

ROSA. ¡Buenos días!...

CORO. Buenos días...
la perlita del lugar,
la que adornan los galanes
con mil flores el portal.

ROSA. Si esas cosas me habeis dicho
por las cosas que hace Blas,
entended que el pobre mozo
no me ha dicho ni agua va...

CORO. Pues se murmura
por el lugar,
que por las noches
hablas con Blas.

ROSA. Eso son chismes
de vecindad:
pasa y me mira,
y nada más.

CORO. Luego tú ignoras
qué es mal de amor.

ROSA. ¡Ay! Me lo pienso.

CORO. Cuéntanoslo.

ROSA. Oí decir á un pastor,
hombre de mucho saber,

que el amor
tenia el poder
de sembrar el dolor
y el placer!

Dice que es un niño
fuerte como Dios,
blanco cual la leche,
rubio como el sol,
que por nuestros ojos
entra al corazon,
deja en él un beso
y húyese veloz,

del alma
la calma

robando
traidor.

La niña suspira y llora,
pierde su rostro el color,
está enferma... pero ignora
que su mal es mal de amor.

CORO.

Aunque siembra el dolor,
por si siembra el placer,
yo quisiera el amor
¡ay de mí! conocer...

¿Y qué más?

ROSA.

¿Qué más?

Preguntárselo á Blas.

ESCENA III.

DICHAS. BLAS, en lo alto del monte, baja cantando con la azada al hombro: las Aldeanas corren hacia el puente, rodean á Blas trayéndole hasta el proscenio á empellones.

BLAS.

Cuando paso por tu calle
compro pan y voy comiendo,
porque tus padres no digan
que de verte me mantengo.

HABLADO.

VARIAS.

¿Qué es el amor?

OTRAS.

¡Que lo diga!...

BLAS.

¡Adios... Rosita!...

ROSA.

¡Adios, Blas!

TODAS.

¡Que responda! ¡Que responda!

BLAS.

¡Silencio! ¡No hay que chillar!

¿Qué quereis saber?

VARIAS.

Qué cosa

es amor.

BLAS.

Un animal, (Mirando á Rosa.)
un mocoso sin camisa,
un insolente, un rapaz
que se introduce en el pecho,

yo no sé por qué lugar,
y de cada dentellada
que en el corazon nos da
nos hace ver las estrellas,
y la luna, ¡y algo más!...
¡Y lo que sabe!

VARIAS.

BLAS.

¡Ea, largo!

Porque se os va á calentar
el agua en la cantarilla.
(Caramba, y qué guapa está! (Mirando á Rosa.)
Pues, señor, ¿quién dijo miedo?
Yo me voy á declarar.)

VARIAS.

VARIAS.

BLAS.

Sí, vamos.

Os encargo que aprendais
la cartilla del amor,
muchachas.

VARIAS.

¡Ay! ¡Ojalá!

(Las Aldeanas cogen los cántaros y desaparecen por el bastidor del último término, que figura la entrada del pueblo. Rosa va detras de todas. Blasillo le da una palmada en el hombro; ella se vuelve, y se quedan solos.)

ESCENA IV.

ROSA, BLAS.

BLAS.

¿Te vas, Rosa?

ROSA.

¿Qué he de hacer,

si el cantarico me espera?

BLAS.

Es que quisiera... quisiera...

ROSA.

¿Qué?

BLAS.

No te vayas, mujer.

ROSA.

Tus cantares imprudentes

oyó mi abuela, y recela...

BLAS.

No hagas caso de tu abuela

ni del decir de las gentes.

La envidia es una carcoma

que con nuestro cuerpo lidia;

pues al que te tenga envidia

que con su pan se lo coma.

Si callaba mi deseo,
 contentándome con verte,
 era... porque entraba en suerte
 en el próximo sorteo.
 Mas libre, gracias á Dios,
 en tu presencia me ves,
 pues saqué el número tres,
 ya que los quintos son dos.
 Y ahora que soy libre, Rosa,
 ¿quieres oír una... cosa?
 Ya te escucho.

ROSA.
 BLAS.

Tengo miedo...
 porque al verte tan hermosa
 te quiero hablar y no puedo.
 De mi lengua en la puntita
 tengo la frase enredada;
 mas mi cortedad maldita
 hace que al verte, Rosita,
 no te pueda decir nada.
 Y aunque quiero recordar
 lo que decirte quería,
 apenas te voy á hablar,
 entre lengua y paladar
 se pierde la lección mía;
 mas aunque frases ensarte
 que te obliguen á reír,
 hoy, Rosa, voy á contarte...
 porque te quiero decir
 lo que no puedo explicarte.

ROSA.

Pues que hables pronto te exijo;
 y si, como yo colijo,
 descubro al fin tus deseos,
 ya te diré sin rodeos
 si he dado en el acertijo.

BLAS.

Cuando me dices turbada
 en el monte: «Aquella oveja
 se ausenta de la manada;
 mírala cómo se aleja,
 y el caso es que estoy cansada;»
 entonces no atiendo más,
 y como el viento ligero,
 de la oveja voy detras;

y aunque corra un dia entero
no me fatigo jamas.

Ahora, de fijo,
ya mi acertijo
se descubrió.

ROSA.

BLAS.

Blasillo, aun no.

Cuando me das una flor,
siento en mi mano un temblor
y un placer que el pecho inflama;
mas no sé cómo se llama

ese placer interior.

Yo sé que soy un camueso;
mas, francamente, confieso
que al verme solo en mi casa,
el deseo se me pasa
de darle á tu flor un beso.

Rosa, de fijo,
ya mi acertijo
se descubrió.

ROSA.

BLAS.

Blasillo, aun no.

Si una noche me retiro
sin verte, rosa de Abril,
entre las sombras te miro;
y al apagar el candil
me acuerdo de tí, y suspiro.

Me duermo al fin, y aunque quiero
desechar negros afanes,
te miro, Rosa, y me muero,
cercada por más galanes
que hormigas un hormiguero.

Rosa, de fijo
que el acertijo
te descubrí.

ROSA.

Creo que sí.

Blas, segun lo que colijo,
no coma yo pan de flor
en un año justo y fijo
si tu amor no es mal de amor.

BLAS.

ROSA.

Has dado en el acertijo.
En el majuelo hallarás
á mi padre: corre, Blas,
cuéntale tu desventura,

y luégo vé y dile al cura
que prepare lo demas.

(Rosa desaparece precipitadamente por la izquierda. Blas á la derecha, á tiempo que salen Pantaleon y Andres, que poco ántes bajan por el monte y cruzan el puente de tablas.)

ESCENA V.

PANTALEON, ANDRES, BLAS.

PANT. ¡Animal! (Trozando á Blas.)

BLAS. Ucé perdone.

(Quitándose el sombrero y saludando.)

PANT. ¡Qué imbécil!

BLAS. Perdone ucé.

ESCENA VI.

D. PANTALEON, ANDRES.

PANT. ¿A dónde vas?

(Viendo que Andres cruza la escena en direccion al pueblo.)

ANDRES. Voy á casa.

PANT. Tenemos que hablar, Andres.

ANDRES. Estoy cansado.

PANT. No importa.

ANDRES. ¡Por vida!...

PANT. ¡Cállese usted!

Un hijo sumiso debe

á su padre obedecer.

ANDRES. Pero, señor, si no puedo
con mi cuerpo y con mis piés.

PANT. Á mí no me importa nada:
hágase usted un poder.

(Andres se cala el sombrero, demostrando el enojo que reprime.)

¡Hola! ¿Rabietas tenemos?

ANDRES. ¡Caramba!

PANT. ¡Silencio!

ANDRES. ¡Bien!...

¡Adelante!... Usted olvida
que me hizo ir y volver

desde aquí á Guadalajara,
y que hice el viaje á pié.

PANT. Los tiempos están muy malos:
¿lo entiendes?... es... menester
no derrochar: no soy rico...
Sólo tengo un ten con ten.

ANDRES. (Pobre, y aquí en Marchamalo
no hay otro más rico que él.)

PANT. ¿Estamos solos?

ANDRES. Tal creo.

PANT. Pues tose un poquito, Andres.

ANDRES. ¿Pero sin gana?

PANT. Sin gana:

lo que importa aquí es toser,
¿lo entiendes?

ANDRES. ¿Pero esto es mucho!

PANT. Señor hijo... tosa usted.

(Andres se da un tirón de la punta de la chupa: su padre lo ve y
le da una palmada en las manos.)

Que te estropees la ropa.

ANDRES. (¡Padre tirano y cruel!)

PANT. Hombre, ponte bien las gafas
y deja quietos los piés.
Tú estás muy malo, ¿lo entiendes?
y corto de vista.

ANDRES. Bien.

PANT. Porque hijo, me es imposible
darle un sustituto al rey,
y he puesto todos los medios,
cual sabes, para obtener
los papeles que acreditan
tu inutilidad... Despues
tú aquí me sirves de mucho.
¿Lo entiendes? Yo he de tener
uno que vaya y que venga
á cobrar... Con que ya ves
que me haces falta.

ANDRES. Sí, mucha.

PANT. Por lo mismo, es menester
que el pueblo crea en tus males:
con que tose.

ANDRES. Pero es que...

PANT. Tose, hijo mio...
 ANDRES. Corriente. (Tose.)
 PANT. Más fuerte. No lo haces bien.
 Así, eso es otra cosa.

(Pantaleon se queda mirando á su hijo, y le toca los carrillos.)

Tú estás muy robusto, Andres:
 daría catorce reales
 por poderte enflaquecer.

(Andres lanza un suspiro.)

Hombre... bien... ese suspiro
 tiene cierta languidez
 que me encanta: me parece
 que debes servirte de él.
 Mira si está el tío Pedro
 en su casa.

(Andres entra en la casa de la derecha, y vuelve á salir cuando lo marque el diálogo.)

Es menester
 ir recogiendo el dinero
 de la siembra... yo bien sé
 que es duro apremiar al pobre;
 pero en fin, cómo ha de ser.
 El tío Pedro está en la cama.
 Pues entonces yo entraré;
 que no te vayas.

ANDRES.

PANT.

ANDRES.

PANT.

ANDRES.

Corriente.
 Aguárdame aquí.
 Muy bien.

(Pantaleon entra en la casa.)

ESCENA VII.

ANDRES, solo.

¡Tacaño! Por no gastarse
 conmigo trescientos pesos
 que valdrá un hombre, me tiene
 hace dos meses tosiendo,
 y como siga la farsa
 de toser hoy más... me muero.
 ¡Como que á mí me parece

muchas veces que estoy hético!...
 Porque yo algo tendré inútil
 cuando lo afirman los médicos...
 despues de desaminarme
 cuatro veces todo el cuerpo.
 Y bien mirado, yo soy
 un animal... El barbero
 tiene razon cuando dice :
 «Andres: no hay nadie en el pueblo
 con más oro que tu padre;
 y yo á tí en jamas te veo
 dos reales... No seas bruto,
 procura pillarle al viejo
 la bolsa, y á los Madriles,
 porque allí aguza el ingenio
 todo el que se encuentra romo
 como tú... de entendimiento».
 Cuando esto el barbero dice,
 que no es manco y hace versos,
 y sabe las cuatro reglas,
 y escribió en papel impreso
 una historia que aseguran
 los ciegos que la vendieron
 que era muy buena; preciso
 será, segun sus consejos...
 Mi padre... cierro la boca.

ESCENA VIII.

ANDRES en la escena á la puerta de la derecha. PANTALEON y MARÍA.

PANT. Yo necesito el dinero.
 Si quieres vender el trigo
 á treinta y dos, que es el precio
 que corre en la plaza, entónces
 cobraré en trigo... hasta luégo.

MARIA. Señor, si usted se esperara
 quince dias... á ese tiempo
 subirá el grano, y nosotros
 para entónces le ofrecemos
 satisfacer...

PANT. Imposible.

¿Lo entiendes? Diselo á Pedro.
 Andres, toma esta escritura,
 vé á casa de don Anselmo,
 ¿lo entiendes?... cobras, y firmas;
 que no tardes... ¿lo oyes?

ANDRES.

Bueno.

PANT.

Está visto... es imposible
 prestar á gente del pueblo.

(Vanse los dos por distintas calles. Permanece el teatro un momento solo: luego aparece Juan en lo más alto del monte que cierra el foro. Su traje es el de un licenciado del ejército de principios del siglo actual. Se detiene, se quita la gorra, y después de una corta pausa, durante la cual contemplará extasiado el paisaje, baja á la escena atravesando el puente de tablas.)

ESCENA IX.

JUAN.

Vamos, con nada es pagado
 el placer que experimento...
 ¡Bendito sea el momento
 en que yo cai soldado!
 ¡Ea! ¡Termine este afán...
 hijo fiel de mi alegría,
 y llamemos: madre mia,
 soy yo... vuestro hijo... Juan!

(Llama á la puerta: momento de pausa.)

Ya creo oir sus excesos,
 su lloro y su dulce queja...
 en cuanto asome mi vieja
 voy á comérmela á besos.
 ¡Mas su tardanza desgarró
 mi corazón! Abrid presto.

(Vuelve á llamar.)

Pero ¡Dios mío! ¿qué es esto?
 ¡Seca y sin fruto mi parral...
 ¡Roto el banco á do solía
 pasar la ardorosa siesta!...
 ¡Ruínosa la tapia!... ¿Es esta
 la alegre casa que un día,

mirada desde esa falda
 de la aurora á la luz leve,
 era cual copo de nieve
 sobre un campo de esmeralda?
 ¡Gratos recuerdos del niño,
 no os vuelvo á encontrar en vano...
 desde hoy tornará mi mano
 á cuidaros con cariño!
 Pero estoy aquí esperando
 entre zozobra y afán,
 y de seguro estarán
 en sus tierras trabajando.
 Con que así, lo más prudente
 es ir al campo, eso es;
 bebamos agua, y despues...
 ¡y que no es rica esta fuente! (Bebe agua.)

ESCENA X.

JUAN. ROSA, con un cántaro en la mano, por el bastidor que figura
 la entrada del pueblo.

ROSA. Mientras lleno el cantarico
 veré si ha tornado Blas.

CANTADO.

JUAN. Adios, hermosa zagala.
 ROSA. Adios, señor militar.
 JUAN. Yo no conozco á esta moza.
 ROSA. Y me mira... ¿qué querrá?
 JUAN. ¿Eres del pueblo?
 ROSA. Del pueblo soy,
 muy servidora
 de usted y de Dios.
 JUAN. ¿Sabes, morena,
 que eres un sol?
 ROSA. ¡Bah! Usted me hace
 mucho favor.

JUAN. Morenillas de tu hechura,
cara de sol,
me receta el físico
del batallón.
Enfermo tengo
el corazón.
Deja, niña, que me cure
de tus ojos el calor.

ROSA. Vaya, que el soldado gasta
muy buen humor.
Si se encuentra tan enfermo,
busque al doctor,
que el de la aldea,
no hay duda, no,
curará pronto su pena
si hay remedio á ese dolor.

A DUO.

ROSA. Vaya, vaya, que el soldado
es atento y es cumplido.
¡A esta gente de milicia
no le gana nadie á finos!

JUAN. Aunque sólo soy soldado,
soy atento, soy cumplido;
que á la gente de milicia
no nos gana nadie á finos.
¡Ay! Que tus ojos
me hacen tilin.

ROSA. ¡Ucé se quiere
burlar de mí!

JUAN. Tan sólo de mirarte
me pongo hecho un volcán:
que tienes una cara
que dice soledad.

ROSA. Si quiere beber agua,
el cántaro aquí está.

JUAN. Yo he recorrido, niña,
toda la España,
y una cara no he visto
como tu cara.

Hole, salero,
si sólo de mirarte
me chupo el dedo.
ROSA. Gracias, señor soldado,
por los requiebros;
que aunque yo sé de sobra
que no merezco,
aquí en la Alcarria
de ser agradecidos
tenemos fama.

HABLADO.

JUAN. ¿Con que del pueblo, morena?
ROSA. Sí, señor. Soy del lugar,
y muy servidora suya.
JUAN. Gracias, niña: trae acá
ese cántaro, que quiero
llenártelo.
ROSA. ¿Y si os manchais?
JUAN. Sólo porque esas manitas
no se ajen con la humedad,
no digo yo este uniforme,
el de gala ¡voto á san!
con el chorro de esa fuente
le dejaría mojar.
ROSA. No resisto. (Es muy amable;
casi tanto como Blas.)
¿Venís de paso á este pueblo?
JUAN. Es mi cuartel general.
Pronto trocaré este traje
por el traje del lugar.
ROSA. Lo siento.
JUAN. ¿Por qué lo sentes?
Dí...
ROSA. Porque no os cae mal.
JUAN. (Si no tuviera mi Antonia,
ahora mismo...—Tente, Juan,
que abusar de la inocencia

- es muy poco principal.)
ROSA. ¿Y os quitareis los mostachos
 con el traje?
- JUAN.** Eso jamas,
 que una cara sin bigote
 es cara de sacristan.
 ¿Y qué edad tienes?
- ROSA.** Quince años.
JUAN. ¡Quince años!... Dichosa edad.
 Y tú, ¿de quién eres hija?
- ROSA.** De mi padre.
JUAN. Claro está:
 yo te pregunto sus nombres.
- ROSA.** Mi padre, Roque Alcaráz;
 mi madre, Petra Rodríguez;
 pero aquí en este lugar
 todos nos sacamos mote.
- JUAN.** (Yo no vi candor igual.)
 ¿Cómo te llamas?
- ROSA.** Rosita.
JUAN. Así Dios quiera guardar
 las flores de tu esperanza
 del rigor del huracan,
 que rosas como las rosas
 de tu cara virginal
 bien merecen ser guardadas.
- ROSA.** Gracias, señor militar.
JUAN. Dime, ¿tienes novio?
- ROSA.** Tengo.
JUAN. ¿Y le amas?
- ROSA.** Pues claro está.
JUAN. ¿Mucho?
- ROSA.** Algo ménos que á Dios
 y que á mi padre; algo más
 que á mi misma.
- JUAN.** Dios permita
 que te amen de un modo igual,
 para que halles en la tierra
 completa felicidad.
- ROSA.** ¿Con que el amor es tan bueno?
- JUAN.** Mucho, niña.
ROSA. ¿Y vos amais?

- JUAN. Con el alma.
 ROSA. ¡Sí!...
 JUAN. De veras.
 ROSA. ¿Y á quién?
 JUAN. ¡Qué curiosidad!
 A una mujer.
 ROSA. ¿Y es del pueblo?
 JUAN. Del pueblo.
 ROSA. Vos me engañais,
 porque en el pueblo ninguna
 tiene el novio militar:
 con que ya lo veis, es grilla.
 JUAN. (Esta muchacha es capaz...
 ¡Oh, qué idea! Ella tal vez...)
 Dime, ¿tú conocerás
 á las muchachas del pueblo?
 ROSA. ¡Conocerlas! Claro está.
 JUAN. ¿No hay una llamada Antonia?
 ROSA. Antonias, sí, ¡cuántas hay!
 la hija del tio Hormiguilla,
 la del tio Zaratan,
 la Sudamiel, la Aguilucha.
 JUAN. No son esas.
 ROSA. Pues no hay más.
 JUAN. ¿Y una llamada la Avispa,
 pequeña, con un lunar
 salvo la parte?
 ROSA. ¿Una guapa,
 muy bailadora?
 JUAN. Cabal.
 ROSA. ¿Que llevaba á mal traer
 á los mozos del lugar?
 JUAN. ¿Cómo?
 ROSA. Hija del tio Calores.
 JUAN. La misma.
 ROSA. ¡Bah, bah, bah, bah!
 Si esa se marchó del pueblo
 hace tres años ó más.
 JUAN. (Con asombro.)
 ¿Qué dices!
 ROSA. Un forastero,
 segun dicen de Alcalá,

pidió la mano á sus padres
 y los casó el capellan,
 y á la mañana siguiente
 se fueron los dos, y en paz.
 JUAN. Imposible... Tú me engañas.
 ROSA. Os he dicho la verdad,
 que nunca miente mi lengua,
 porque mentir es pecar.
 JUAN. ¡Con que se casó la falsa!
 Ahoga tu penilla, Juan.
 ¡Ay, mal haya del que pone
 en hembras la voluntad!
 ROSA. ¡Calle!... ¡Usted está llorando!
 JUAN. Niña, déjame llorar,
 que una culebra traidora
 mordiéndome el pecho está.
 ROSA. ¿Con que usted amaba á Antonia?
 JUAN. ¡Si la amaba!... ¡Voto á san!
 Más que al sol ama la tierra
 y los ríos á la mar.
 Al pié de esa cruz bendita
 me dió palabra formal
 de ser mía, ó ir con palma
 á donde los muertos van.
 Lleno de amor y fatiga
 abandoné este lugar,
 y ocho años, hora tras hora,
 fué ella mi constante afán;
 que era mi querer más firme
 que el peñón de Gibraltar.
 Mas bien dijo aquel que dijo
 que no hay que fiar jamás
 en palabras de mujer,
 porque son humo y se van.
 ROSA. Yo consolarle quisiera,
 pero no estando aquí Blas,
 su madre tal vez... sí, que ella
 al cabo es mayor de edad.
 Señora María...

(Rosa se acerca á la casa junto á la que se halla Juan.)

ESCENA XI.

DICHOS, MARÍA.

MARIA. (Asomándose á la puerta.)

¡Ah! Rosa.

¿Quién está allí? (Señalando á Juan.)

ROSA.

Un militar.

MARIA.

Ya lo veo.

ROSA.

Hijo del pueblo.

MARIA.

¿Y cómo se llama?

ROSA.

Juan.

MARIA.

(¡Jesus! ¡El hijo de Pablo!

¡Quién se pudiera esperar!)

Ese hombre busca á sus padres.

ROSA.

¡Sus padres!... ¿Y en dónde están?

MARIA.

Vivian allí. (Señalando la casa de enfrente.)

ROSA.

¡Dios mío!...

MARIA.

Silencio por caridad.

(María obliga suavemente á Rosa á entrar en la casa. Por el foro derecha salen Anastasio y Andres: el primero lleva un saco de trigo á cuestas; el segundo un lio pequeño debajo del brazo.)

ESCENA XII.

JUAN, inmóvil junto á su casa. ANDRES y ANASTASIO en el foro.

ANAST.

¿Con que es decir que le entrego la carta?

ANDRES.

Sí, y nada más.

ANAST.

¿Con que por fin?...

ANDRES.

Sí, por fin

pronto van á pregonar

la salida de los quintos:

aquí sobre yo.

ANAST.

Es verdad.

ANDRES.

Adios.

ANAST.

Divertirse mucho.

ANDRES.

Gracias.

ANAST.

Lo dicho, y mandar.

(En cuanto lo sepa el viejo
le cuesta una enfermedad.)

(Andrés se va por el puente: Anastasio se acerca á la puerta
donde está Juan, y sin reparar en él deja el saco en el suelo, saca
una llave del bolsillo y comienza á abrir la puerta.)

ESCENA XIII.

JUAN, ANASTASIO.

JUAN. ¿Qué haceis ahí, buen hombre?

ANAST. ¿No lo veis, señor soldado?
Abrir la puerta.

JUAN. ¿Sin duda
sereis de la casa?

ANAST. Es claro.

JUAN. ¿Servis á sus dueños?

ANAST. Sirvo.

JUAN. Yo soy Juan.

ANAST. Por muchos años.

JUAN. ¿Qué dice?...

ANAST. ¡Bah!... Con licencia,
señor militar, que el saco
me espera.

(Juan le coge del brazo, y le detiene.)

JUAN. ¡Ah! No... responde.

¿Cómo se llama tu amo?

ANAST. Don Pantaleón Hernández.

JUAN. Ese es un rico hacendado
que ántes vivía en la plaza
si mal no recuerdo...

ANAST. Exacto.

JUAN. ¿Y vive ahora aquí?

ANAST. No.

JUAN. Entonces...

¿compró esta casa?

ANAST. Está claro.

JUAN. (Con temor.)

Los que ántes aquí vivían,

¿dónde están?

ANAST. (Con naturalidad.)

En el campo santo.

JUAN. ¡Muertos!

(Juan se queda inmóvil, abatido, con la mirada fija en el suelo, aplomado por el dolor.)

ANAST. Sí, señor; murieron
los dos, pronto hará dos años.

(Anastasio abre la puerta de la casa arruinada y entra en ella.)

ESCENA VI.

JUAN, solo.

CANTADO.

Una mujer me ha vendido
y se me han muerto mis padres;
por eso lloran mis ojos
sin que los enjague nadie.

Pajarillo sin alas,
árbol sin sombra,
alborada con nubes,
flor sin aroma,
fuente sin agua
es el hombre que vive
sin esperanza.

¿Dónde me arrimaré yo,
si no hay un pecho en el mundo
que quiera darme calor?

Las fatigas
mis amigas
noche y día
van á ser.

Que al morir la madre mía,
como el pez fuera del agua
me voy á ver.

¿Por qué en la guerra
no hallé la muerte,
cuando luchaba
como un valiente?

¡Ay fortuna, fortunilla!
¿Por qué me tratas así?
Ni las piedras de la calle
tienen lástima de mí.

ESCENA XV.

JUAN, ANASTASIO.

HABLADO.

ANAST. ¡Aun está aquí el militar!

¡Vaya si es poco pesado!

JUAN. ¡Dame esa llave!...

ANAST. ¡Qué llave!

JUAN. La de esa puerta.

ANAST. ¡Canastos!

¡No puede ser, la cosecha
tenemos ahí!

JUAN. ¡Insensato!

¿No te revelan las lágrimas
que están mi rostro quemando,
que yo nací en esa casa,
que soy el hijo de Pablo,
y que por la vez postrera
quiero regar con mi llanto
ese hogar, donde mi infancia
corrió entre placeres gratos!...

ANAST. (Con asombro entregándole la llave.)

¡Su hijo... tomad!

JUAN. (Entrando desolado en la casa.)

¡Madre mia!

ANAST. Yo corro á avisar al amo.

(Vase precipitadamente por el foro izquierda. Rosa sale de la casa de María, cruza la escena, llega á la puerta de la casa de Juan, y mira hácia dentro con recelo.)

ESCENA XVI.

ROSA, luego BLAS por el foro.

ROSA. ¡Pobrecito! Su dolor
en mi alma el dolor despierta:
muertos sus padres, y muerta
la esperanza de su amor.

BLAS. Me alegro de hallarte aquí:

he visto á tu señor padre,
 luégo á tu señora madre,
 y ámbos han dicho que sí.
 ¡Con que consienten!

ROSA.

BLAS.

¡Pues qué!...

¿No habian de consentir?...

Tú sin mí no has de vivir.

Ni yo...

Rosa.

BLAS.

Es claro.

Ya se ve.

Yo les dije: Amante lazo
 nuestras dos almas ató,
 y si ustés dicen que no
 es darnos un trabucazo.

ROSA.

BLAS.

Tú no te andas por las ramas.

Luégo me dió un pescozon

y me dijo: ¡Anda, bribon,

que buena ganga te mamas!...

Despues me bajé al lugar

y le conté mi deseo

al párroco don Mateo,

y me empezó á amonestar;

mas todo lo que decia,

aunque formal lo escuchaba,

por esta oreja me entraba

y por esta me salia.

Al fin le dije: Señor,

en vano es sermonearme:

lo que quiero yo es casarme

cuanto más pronto mejor;

con que arregle usted la cosa

en tres ó cuatro semanas,

porque si yo tengo ganas

no tiene ménos mi Rosa.

ROSA.

¿Por qué le has dicho que yo

tengo ganas? ¡Majadero!

BLAS.

¿Qué, no las tienes?

ROSA.

Si... pero...

no se dice.

BLAS.

¿Por qué no?

ROSA.

Si ocultarlo no sabemos,

se reirán si nos ven.

- BLAS. Anda, tonta, que tambien
nosotros nos reiremos,
y ya verás... ya verás
cuando un dia nos dé Dios
un... ñorro.
- ROSA. ¿Uno solo?
- BLAS. O dos,
ó más si nos diera más...
- ROSA. ¡Bah! Ya es preciso que llueva
desde aquí á entónces, ¡borrico!
- BLAS. Los pobres tienen un chico
ántes que una capa nueva.
- ROSA. Pues no tragarán saliva
mis compañeras al ver...
- BLAS. Mira, Rosa, á la mujer
la casaca es la que priva:
por eso al verte á mi lado,
Rosa, siento unos antojos...
- ROSA. ¡Bah! No me mires con ojos
de carnero degollado.

(En este momento se oye el redoble de un tambor en el pueblo.
Rosa y Blas escuchan con atencion la voz del Pregonero.)

MÚSICA.

- PREG. ¡Atencion! De órden del señor alcalde se llama á los
mozos del sorteo pasado, para que á las cuatro en pun-
to se hallen en la plaza del lugar. Item más: habien-
do inútil el número dos, irá en su lugar á reempla-
zarle el número tres. ¡Viva el rey!

(Varias voces contestan con una exclamacion. Rosa y Blas se
miran con asombro: luego de un momento de pausa rompen los
dos en estrepitosos lloros.)

- LOS DOS. ¡Ji! ¡ji! ¡ji! ¡ji!
- ROSA. Blas, ¿lo has oido?
- BLAS. Rosa, lo oí.
- ROSA. Ya estás perdido.
- BLAS. Creo que sí.
- ROSA. Y ahora, ¿qué hacemos?
- BLAS. Yo no lo sé.

ROSA. Si te vas y te mata una bala...
 BLAS. Me moriré.
 ROSA. ¡Ay, pobre Blas!
 ¿Te morirás?
 BLAS. Creo que sí.
 LOS DOS. ¡Ji! ¡ji! ¡ji! ¡ji!
 ¡Ay, pobre Blas!
 Me mata el miedo; no puedo escapar.
 ¡Ay, San Julian!
 Tuerto ó sin piernas tu Blas volverá.
 ¡Ay! ¡ay!
 ¡Ay, Dios, qué afán!
 ¡Ay! ¡ay!
 Me matarán.
 ¡Válgame Dios!
 Yo estoy seguro, me parten en dos.
 ¡Ay, san Anton!
 Me perniquebran sin más remision.
 ¡Ji! ¡ji!
 ¡No puedo más!
 ¡Ji! ¡ji!
 ¡Ay, pobre Blas!

HABLADO.

BLAS. Pícaro, infame, galopo,
 por enfermo te rebajas
 y á Blas el muerto le encajas
 y le haces coger el chopo.
 ROSA. Es una infamia.
 BLAS. Si, lo es;
 de esas que claman á Dios.
 ¿Quién le manda al señor dos
 no estar sano como el tres?
 ROSA. ¿Con que todo se acabó?
 BLAS. Todo.
 ROSA. ¡Ay, pobre de mí!
 ¿Y te irás?
 BLAS. Creo que sí.
 ROSA. Pues yo no quiero.
 BLAS. Ni yo...

que á mi pobrecito padre
le va á matar el dolor.
ROSA. Hablarle al corregidor.
BLAS. Es verdad, voy por mi madre. (Entra en su casa.)

ESCENA XVII.

ROSA, sola.

¡Pobrecito! Ahora le quiero
mucho más... ¡Qué desventura!
Lo que es por mí estoy segura
que si él se marcha me muero.
El pobre no tiene hiel
y á la guerra le harán ir...
Vamos, ¿me querrán decir
para qué sirve allí él?
Al primer tiro, ¡gran Dios!
se muere el pobre del susto,
yo me muero de disgusto,
y hémos muertos á los dos.
La guerra, en duelos eternos,
asolando está la tierra...
Si el que ha inventado la guerra
debe estar en los infiernos.

ESCENA XVIII.

ROSA, MARÍA y BLAS salen de la casa.

MARIA. Es imposible que Dios
consienta...

BLAS. Pues lo que digo
es la verdad, y testigos
Rosa, lo oímos los dos.

MARIA. Tu padre duerme, hijo mío;
mas si él la desgracia sabe,
temo que su mal se agrave.
Vamos: sólo en Dios confío.

(Sale D. Pantaleon por el foro: María al verlo corre hácia él.)
Señor...

PANT. (Está ya el pregon...)

MARIA. Ya sabrá usted...

PANT. Sí, he oído...
tu desgracia, y lo he sentido.

MARIA. Sólo usted en esta ocasión
puede salvar á mi Blas:
venga usted.

PANT. Todo es en balde:
hija, en cosas del alcalde
yo no me meto jamás.

(Pantaleon se dirige hácia la casa. María, Blas y Rosa le miran
con asombro, y luego Blas las coge por el brazo y desaparecen
por el foro izquierda.)

BLAS. Vamos. (Vanse.)

PANT. A ver, ¿quién ha osado
entrar en mi casa? ¡Eh! (Se asoma á la puerta.)
Amiguito... salga usted. (Juan sale de la casa.)
¿Quién es usted?

JUAN. Un soldado.

ESCENA XIX.

JUAN, PANTALEON.

JUAN. Un hombre que se marchó
ha nueve años á la guerra,
y al regresar á su tierra
solo en el mundo se halló.

PANT. De modo que á no dudar
sabes que la muerte fiera...

JUAN. Pues qué, si no lo supiera
¿me vería usted llorar?
Comprendo todo el rigor
con que la suerte me trata,
y si el dolor no me mata,
es que no mata el dolor.

PANT. Pues, hijo mío, yo siento
todo lo que á tí te pasa;
pero esa casa es mi casa...

JUAN. Lo sé.

PANT. Y en fin... no consiento
que nadie en su altanería

- mis derechos sustituya,
 pues si esta casa fué tuya,
 hoy, sábelo, Juan, es mía.
- JUAN. Robar no quiero el derecho
 que á usted mi padre ha cedido;
 mas yo, señor, he nacido
 bajo ese modesto techo.
 Al abrigo de ese hogar
 hallé el maternal cariño,
 y mis placeres de niño
 ví tranquilo deslizar.
 Tierras, casa y cuanto fué
 mio, todo se perdió
 en mi ausencia. Y bien sé yo
 que hoy pertenecen á usted;
 pero soy fuerte y honrado,
 y de mis tierras, señor,
 quiero ser arrendador.
- PANT. ¡Arrendador un soldado!
- JUAN. Quiero la casa habitar
 donde mis padres murieron,
 hacer lo que ellos hicieron,
 ser honrado, trabajar;
 quiero en fin seguir su ruta.
- PANT. Pero, hombre, tú hablas en chanza:
 ¿quien saldrá por tí en fianza
 para que yo?...
- JUAN. (Sacando del cañon donde lleva la licencia.)
 Mi absoluta,
 que es la fianza mejor
 que puede dar un soldado
 para probar que es honrado
 al que dude de su honor.
 Que honrado tiene que ser
 el que alcanza militando
 dos cruces de San Fernando
 y treinta duros de haber.
- PANT. Hijo, hablando con franqueza,
 los mozos en la milicia
 contraen cierta impericia
 parecida á la pereza.
 Mas te la doy de buen grado

JUAN. si tú una fianza me pones.
Más que usté y que sus terrones
vale este pobre soldado.

PANT. Bueno, ¿dónde está la llave?

JUAN. En la puerta.

PANT. Lo primero
es ver si está mi granero
como estaba, pues quién sabe...

(Entra en la casa.)

ESCENA XX.

JUAN en el proscenio, ROSA saliendo por el foro.

JUAN. Ea, corazon, no llores,
no llores más, corazon.
Adios, adios, pobre casa,
pueblo do he nacido, adios.

ROSA. (Viéndole partir.)
¡Os vais sin decirme nada!...

JUAN. ¿Eres tú, Rosa?

ROSA. Yo soy.

JUAN. Tambien lloras, pobre niña.

ROSA. Ya lo creo, sí, señor,
si no llorara daría
prueba de mal corazon,
porque se marcha.

JUAN. Se marcha,
¿quién?

ROSA. Mi amante.

JUAN. ¡Te olvidó!...

ROSA. Nada de eso... Si me quiere
más que nunca... Pero al dos
le dieron de baja... y manda
el señor corregidor
que el tres le reemplace, y él
es el tres... y sabe Dios
si á él le matará una bala,
y á mí en su ausencia el amor.

JUAN. ¿Con que es soldado?

ROSA. Soldado,

y se me lo llevan hoy;
y su anciano padre se halla
enfermo... y lo que es peor,
aun ignora la desgracia
de su hijo, y quieren que yo
le dé el mal trago; ¿no es cierto
que es muy mala comision?
¡Pobre niña!

JUAN.

ROSA.

En todo el pueblo
no habia dos como ellos dos,
de seguro... Vuestra madre
en sus brazos espiró,
pues pasaron quince dias
junto al lecho del dolor.

JUAN.

ROSA.

¡Qué dice!

La caridad
habita en su corazon.

JUAN.

¡Que todo el bien que me ha hecho
quiera premiárselo Dios!

(Suenan las cuatro en el reloj de la villa. En este momento aparecen por el foro izquierda María y Blas rodeados de varios Aldeanos y Aldeanas.)

ESCENA ÚLTIMA.

JUAN, ROSA, MARÍA, BLAS y ALDEANOS de ambos sexos.

BLAS.

¡Ha sido una picardía!
Pero gorda... si señor.

JUAN.

¡María! (Gogiéndolo y abrazándolo.)

MARIA.

¡Juan, hijo mio! (La abraza.)

JUAN.

Todo lo sé.

MARIA.

¡Ay Dios! ¡Valor!

BLAS.

¡Rosa!...

ROSA.

¡Blasillo! ¿Te marchas?

BLAS.

Creo que sí, que me voy.

(Se oye el redoble de un tambor en el pueblo. Luego salen algunos soldados que quedarán en el foro, adelantándose el sargento al prosenio.)

MARIA.

Que tu padre nada sabe;

JUAN. ven, hijo mio á decirle... No, (Deteniéndola.)

detente: usted, pobre madre,
á mi madre consoló,
y el que el bien siembra en la tierra
bien por fruto le da Dios.
Huérfano y solo en el mundo,
mi familia es mi dolor...
Tú, Blas, no sales del pueblo,
porque en tu puesto iré yo.

MARIA. }
ROSA. } ¿Qué dice?
BLAS. }
JUAN.

Pago una deuda;
el hombre es un labrador
que lo que siembra recoge;
siembro el bien... ganando voy.

(Todos rodean á Juan demostrando su admiracion. Anastasio, que habia salido poco ántes, saca con calma una carta del bolsillo de la chaqueta, y dice entrando en la casa en que está D. Pantaleon.)

ANAST. Me parece que ya es hora
de darle la desazon. (Entra.)

SARG. ¡Pedro García!

UNO. (Acercándose con gorra de cuartel.)

¡Presente!

SARG. ¿Blas Nogales?

JUAN. Aquí estoy.

(Separándose de los que le rodean. En este momento se oye un grito ahogado en la casa en que figura estar Pantaleon, y Anastasio aparece.)

PANT. ¡Socorro! ¡Ay de mí! (Saliendo.)

TODOS. ¿Qué es eso?

PANT. Ese hijo de maldicion
que me ha robado y se fuga.
¡Asesino! ¡Muerto soy!

(Vase precipitadamente por el foro derecha.)

BLAS. Anda, que al cabo ha soltado
lo que á los pobres quitó.
La mano, Juan.

ROSA. A mis brazos.

JUAN. Dios bendiga vuestro amor.
SARG. En marcha, que se hace tarde.

JUAN. ¡Adios, mi casita, adios!
 ROSA. ¡Virgen Santa de la Peña,
 préstale tu proteccion!

CANTADO.

JUAN. Pues perdi cuanto amaba
 sobre la tierra
 y la España se encuentra
 con Francia en guerra,
 patria y fatigas,
 sed para este soldado
 dulces amigas.

Todos. Cuando un sér en la tierra
 siembra el consuelo,
 Dios se sonríe y llora
 desde su cielo.
 Y omnipotente,
 su bendicion derrama
 sobre su frente.

(Los soldados, los reclutas y Juan trepan por el monte hasta perderlos de vista. El pueblo, formado en varios grupos, agita los sombreros. Mucha animacion.)

FIN DE LA ZARZUELA.

Habiendo examinado esta zarzuela, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.

Madrid, 9 de Abril de 1864.

El Censor de Teatros,
 ANTONIO FERRER DEL RIO.

OBRAS DRAMATICAS

DEL MISMO AUTOR.

Sueños de amor y ambicion.	Lo tuyo mio.
La Corte del Rey Poeta.	Los extremos.
Juan el Tullido (2. ^a edicion).	Calamidades.
El Angel malo.	Cuarzo, pirita y alcohol (ju- guete lírico).
La muerte de Jesus.	Ver y no ver.
Retratos y originales.	¡Alumbra á tu victima!...
La Hija de Fernan Gil.	Las garras del diablo (ju- guete lírico).
Juan Diente.	El maestro de baile (2. ^a edi- cion).
Herencia de lágrimas.	La mosquita muerta (3. ^a edi- cion).
La dicha en el bien ajeno.	Géneros ultramarinos.
El Cura de aldea (5. ^a edi- cion).	El que siembra recoge (zar- zuela, 2. ^a edicion).
La mala semilla.	Recuerdos de gloria (jugue- te lírico).
El Rey de bastos.	
El movimiento continuo (2. ^a edicion).	
Caricaturas.	
Gil Blas (zarzuela).	

OBRAS NO DRAMÁTICAS.

El Mártir del Gólgota (tradiciones.)	5 tomos.
El Cura de aldea (novela).	2 »
La Caridad cristiana (Id.).	5 »
El Corazon en la mano (Id.).	2 »
La Mujer adúltera (Id.).	2 »
El frac azul (Id.).	1 »
Las Obras de Misericordia (Id.).	2 »
La Calumnia (Id.).	2 »

PUNTOS DE VENTA.

MADRID: LIBRERÍA DE CUESTA, CALLE DE CARRETAS, N.º 9.

PROVINCIAS.

Adra.....	Robles.	Lugo.....	Viuda de Pujol.
Albacete.....	Perez.	Mahon.....	Vinent.
Alcoy.....	Marti.	Málaga.....	Taboadela.
Algeciras.....	Almenara.	Idem.....	Moya.
Alicante.....	Ibarra.	Mataró.....	Clavel.
Almería.....	Alvarez.	Murcia.....	Hered. de Andrión.
Avila.....	Lopez.	Orense.....	Robles.
Badajoz.....	Ordoñez.	Orihuela.....	Berruezo.
Barcelona.....	Sucesor de Mayol.	Osuna.....	Montero.
Idem.....	Cerdá.	Oviedo.....	Martinez.
Béjar.....	Coron.	Palencia.....	Gutierrez é hijos.
Bilbao.....	Astuy.	Palma.....	Gelabert.
Búrgos.....	Hervias.	Pamplona.....	Barrena.
Cáceres.....	Valiente.	Pontevedra.....	Verea y Vila.
Cádiz.....	Verd. Morillas y C. ^a	P. de Sta. Maria	Valderrama.
Cartagena.....	Muñoz García.	Reus.....	Prius.
Castellon.....	Perales.	Ronda.....	Gutierrez.
Ceuta.....	Molina.	Salamanca.....	Huebra.
Ciudad-Real....	Arellano.	San Fernando....	Martinez.
Ciudad-Rodrigo	Tejeda.	Sanlúcar.....	Esper.
Córdoba.....	Lozano.	Santa Cruz de	
Coruña.....	Lago.	Tenerife.....	Power.
Cuenca.....	Mariana.	Santander.....	Hernandez.
Ecija.....	Giuli.	Santiago.....	Escribano.
Ferrol.....	Taxonera.	San Sebastian..	Garralda.
Figueras.....	Bosch.	Segorbe.....	Mengol.
Gerona.....	Dorca.	Segovia.....	Salcedo.
Gijon.....	Crespo y Cruz.	Sevilla.....	Alvarez y Comp.
Granada.....	Zamora.	Soria.....	Rioja.
Guadalajara....	Oñana.	Talavera.....	Castro.
Habana.....	Charlain y Fernz.	Tarragona.....	Font.
Haro.....	Quintana.	Teruel.....	Baquedano.
Huelva.....	Osorno.	Toledo.....	Hernandez.
Huesca.....	Guillen.	Toro.....	Tejedor.
Puerto-Rico....	José Mestre.	Ubeda.....	Bengoa.
Jaen.....	Hidalgo.	Valencia.....	Mariana y Sanz.
Jerez.....	Alvarez.	Valladolid.....	H. de Rodriguez.
Leon.....	Viuda de Miñon.	Vigo.....	Fernandez Dios.
Lérida.....	Sol.	Vill. ^a y Geltrú.	Creus.
Logroño.....	Verdejo.	Vitoria.....	Illana.
Lorca.....	Gomez.	Zamora.....	Fuertes.
Lucena.....	Cabeza.	Zaragoza.....	Lac.

La direccion de EL TEATRO se halla establecida en Madrid, calle del Pez, número 40, cuarto segundo de la izquierda.